

Para el lector nato la lectura es como una segunda vida, una existencia paralela que corre al lado de la cotidiana sólo en apariencia más real que aquella. Tiene todos los accidentes y características que señalan nuestro paso por la tierra: nacimiento, primeras sorpresas, entusiasmos que en el momento nos parecen perdurables, amores a primera vista, rechazos injustificados, decepciones, amargas enseñanzas, mundos enteros que se abren al apetito de nuestros sueños, amistades difíciles y antipatías incomprensibles, maduras revisiones, reencuentros decepcionantes, rectificaciones aleccionadoras, amistades para toda la vida, arduos intentos de establecer una relación y que termina en tristes distanciamientos: dos o tres títulos al pie de nuestro lecho de agonía, últimas palabras que nos llegan al oído dichas por alguien que, en ese instante, nos revela quizás un secreto celosamente guardado. Así vive el lector su relación con los libros, así la disfruta y así la padece hora tras hora, día tras día, año tras año. Si las cosas no suceden de esta manera, sencillamente es que estamos ante una falsa vocación, ante un fariseo de los muchos que en este terreno existen o, simplemente, ante alguien que buscó otros caminos de conocimiento, otras secretas rutas para alimentar sus sueños, otra manera de encontrar las respuestas, efímeras o intermitentes como vanos espejismos ya destinados a calmar la sed que no se sacia.

Para quien vive la lectura de esta manera totalizadora y entrañable, el encuentro con ciertos autores significa siempre una esquina decisiva, un crucero fatal que ha de cambiar la vida y marcarnos para siempre. La importancia que dichos nombres puedan tener para nosotros depende de los secretos hilos que mueven nuestro destino, nuestros terrores y nuestros sueños y que, en un momento determinado, son los mismos que mueven al autor que los deslumbra. Son

---

Tomado de: MUTIS, Alvaro. Proust: El orden de las potestades celestiales. En: *La Gaceta*, México. N° 174 (Jun. 1985); p. 24.

esas afinidades secretas sobre las cuales el viejo Goethe construyó el impecable y airoso edificio de su novela inmortal: *Las afinidades electivas*. Sólo que en este caso estamos, no ante otro ser de carne y hueso que aparece de repente en nuestro camino, sino de alguien que nos habla desde las frágiles páginas de un libro. En el fondo, la diferencia es casi imperceptible.

Ahora bien, es una verdad de Perogrullo el que la lectura de esos compañeros de ruta, de esos cómplices de nuestras más secretas aventuras, va cambiando a medida que pasan los años, también es caer en la obviedad advertir que el autor que no reechemos con la regularidad que marca lo indispensable de su compañía, nunca podrá pertenecer a esta familia perdurable e imperceptible. Y es entonces cuando nos damos cuenta que cada lectura tiene un ámbito, una relación, un juego de preguntas y respuestas, por entero diferente de la anterior. Porque a medida que la vida nos va formando y deformando, también los libros nos van abriendo distintas perspectivas y más amplios horizontes o nos van cerrando puertas que antes nos conducían a paraísos o a infiernos que ya nos son vedados o aún no están listos para nuestra frecuentación. Trataré de ilustrar este fenómeno limitándome únicamente al campo de la ficción novelada con un ejemplo con seguridad a todos accesible. Tomemos como modelo la novela de Fedor Dostoievski *Los Hermanos Karamazov*. Si el libro cae en nuestras manos durante la adolescencia —tal fue mi caso— lo leemos con el interés y la pasión con que devoramos una novela policíaca. Nos interesa, primordialmente, saber quién fue el asesino del viejo y antipático padre de Dimitri, Iván y Aliocha. Estos se nos aparecen como seres un tanto enigmáticos, delirantes en ocasiones y por entero incomprensibles en su abstrusa conducta. Tal vez sintamos una ligera simpatía por alguno de ellos. Las escenas y diálogos se nos alargan en forma que nos parece bastante gratuita y corremos hacia el desenlace final sin parar mientes en el vasto mundo que ha ido desfilando ante nuestros ojos. Pasan los años, aprendemos algunas cosas y olvidamos otras, cambiamos, en fin nos vamos gastando para dejar al descubierto ese que se supone que debemos ser.

Tornamos a leer la obra de Dostoievski.

Sabemos que la primera lectura había sido de una superficialidad inadmisibles, ante la vastedad de la trama y de las verdades que postula. Esta segunda lectura sucede en esos años en que creemos haber capturado, intacta e inmutable, la verdad, la única, la que no nos abandonará jamás. Es muy seguro que, entonces, nos pongamos del lado de Iván Karamazov, de su dogmática certeza, de su frío razonamiento que anuncia ya al comisario, Dimitri nos parece reaccionario

y perdido en un mar de confusión y delirante egoísmo, Aliocha se nos antoja un descarriado, un sentimental sin brújula, por completo sometido a la vana idea de un sacrificio irracional. El padre se nos figura el retrato acabado del burgués ávido de satisfacciones elementales, pataleando en el barro de sus apetitos desenfrenados, el hombre que debe desaparecer y que el autor sacrifica como lección que debe entenderse y seguirse al pie de la letra. (Permítame que les confiese que no fue así mi segunda lectura de la famosa novela; pero sí la de muchos de mis amigos y contemporáneos de entonces).

Puede seguir luego una tercera lectura correspondiente a los años de la serena madurez —término convencional como pocos, destinado a hacernos más tolerables los efectos del desencanto, del enfriamiento de nuestro corazón y de nuestros ya un tanto rancios delirios—. Si tal lectura sucede nos hallamos entonces frente a una obra de muy complejas proposiciones. Vemos que los tres hermanos pueden ser, tal vez, un tríptico que se confunde y unifica en eso que suele llamarse el alma rusa, descubrimos que la leyenda del Gran Inquisidor es de una actualidad aterradora, que Iván ha sido el inventor y sostenedor de todos los “Goulags” y policías secretas que nos acechan cada día, nos provocan y hacen todo lo posible por destruir el ansioso aliento de nuestro espíritu. Se nos revela la posibilidad de salvación que esconde el ejemplo de Aliocha, cada día eso sí, con menos posibilidades de cumplirse sobre la tierra y nos identificamos por entero con Dimitri, en quien vemos al viejo, conmovedor y lamentable amigo que se nos aparece cada mañana en el espejo cuando nos estamos rasurando.

Demás está decir que para este ejemplo bien pudiera haberse escogido cualquier otra de las grandes novelas, obras maestras del género: *La Cartuja de Parma* o *Ana Karenina*, *Las Ilusiones Perdidas* o *David Copperfield*, *El Molino junto al Floss* o *Madame Bovary*. Las distorsiones, transformaciones, descubrimientos y sorpresas no hubieran sido muy diferentes en su esencia aunque sí en los elementos puestos en juego.